Una canción

No siempre le va bien a un poema que el cantante de moda lo tome como letra de sus incursiones por «boites» y escenarios. Con óptica social, ello puede estimarse expediente conciliador en el pleito de divorcio poesía-público, y ahí reside el valor de la experiencia. Pero no debe olvidarse que la poesía tiene su propia música y que, en ocasiones, la superpuesta limita el experimento a cimbel publicitario del cantante, no en todas las ocasiones notable, bien es verdad.

Otro motivo de discrepancia residiría en preguntarse si el poeta, que no es acogido ni estimado en ciertos círculos, debe introducirse en ellos subrepticiamente y como camuflado por artes menores. Por qué va a mendigar la audiencia indirecta de quienes no desean oírle directamente. El poeta no precisa de valores, mentores o lazarillos, y mucho menos de enmendantes de sus planas. Por otra parte, pocas veces resulta para él eficaz la fórmula: la gente sigue atribuyendo *Angelitos negros* a Machín, y no a su verdadero autor, el poeta venezolano Andrés Eloy Blanco. Y a riesgo estamos de que Machado o Miguel sean suplantados en la memoria de muchos oyentes por el nombre de quienes ahora medran y prosperan cantando sus versos.

Pero a despecho de cuanto se aduzca, es el caso que el fenómeno está ahí, y hoy no cabe sino tomarlo o dejarlo. Por más de una razón la obra de Miguel Hernández ha pasado a enriquecer varios repertorios, y parece justo recordar a qué músico corresponde el honor de la primera iniciativa. No fue un cantante, que compone con el propósito interesado de ser

luego el intérprete, sino un músico puro: Isidro B. Maiztegui, quien antes de los años sesenta —vale decir antes del «boom» del disco— compuso una canción deliciosa para el poema de Miguel, objeto de estas líneas.

Maiztegui supo crear una música captadora del aire popular y campesino, pero a la vez grave y dramático, que alienta en los versos de nuestro poeta. Miguel no fue un «ingenio lego» —de cuya existencia hay que recelar siempre— porque tuvo la inteligencia y la vocación bastantes para formarse en las lecturas y en el estudio. Pero toda su obra está impregnada de tierra y de pueblo, en toda se respira el aire de los campos de España. Por eso sintió tan hondamente la guerra civil y escribió una de las mejores poesías movidas por la lucha. Además de *Viento del pueblo* (1937) y de *El hombre acecha* (1939) (aunque no vio la luz hasta años después), escribió varias piezas teatrales, ya breves: *La cola*, *El hombrecito*, *Los sentados* (1937), ya extensas: *El labrador de más aire*, drama en verso, y *Pastor de la muerte*, también en verso, y en cuatro actos.

Pastor de la muerte es obra escrita con intención de eficacia inmediata y directa, dentro del clima de lucha al que entregó el poeta esfuerzo y entusiasmo, no solo con el arma de su pluma, sino también como combatiente de primera línea. Pese a tal circunstancialidad, posee la obra calidades poéticas dignas del autor, y precisamente en su texto se inserta el poema musicado por Maiztegui. Leámoslo:

1 Ante la vida sereno
y ante la muerte, mayor.
2 Si me matan, bueno;
si vivo, mejor.
3 Yo soy la flor del centeno
que tiembla al viento menor
4 Si me matan, bueno;
si vivo, mejor.
5 Aquí estoy vivo y moreno
de mi estirpe defensor
6 Si me matan, bueno;
si vivo, mejor.
7 Ni al relámpago ni al trueno
puedo tenerles temor
8 Si me matan, bueno;
si vivo, mejor.

9 Traidores me echan veneno
y yo les echo valor
10 Si me matan, bueno;
si vivo, mejor.
11 El corazón traigo lleno
de un alegre resplandor
12 Si me matan, bueno;
si vivo, mejor.

Podríamos decir que es una suerte de «lai lyrique», con sus doce estrofas y sus dos únicas rimas, obtenidas con palabras llanas de rima en *eno* y palabras agudas con rimas en *or*.

Las estrofas impares, de versos octosílabos, presentan dos aspectos temáticos: *a*) la declaración de una enérgica actitud moral, y *b*) la comparación con elementos de la naturaleza.

El talante ético —*a*)— aflora en la primera, en la quinta y en la novena estrofas.

En la primera: actitud frente a la vida («ante la vida sereno») y frente a la muerte («ante la muerte, mayor»). Serenidad, valentía en tanto hombre vivo; y un estoicismo que acrece la actitud moral cuando el fin se aproxima. Tesitura de raíz netamente española, cuya literatura está llena de ojos que miran sin temor cómo se abre ante ellos la ventana de la muerte.

En la quinta estrofa, propósito decidido de defender la estirpe de cuantos la hieran, ataquen o simplemente sojuzguen. La vida —él se siente «vivo y moreno»— ha de ser empleada ante todo en eso: en la defensa de lo más auténtico y entrañable.

En la novena estrofa, vemos cómo se revuelve corajudamente —«les echó valor»— contra quienes puedan traicionar o envenenar aquello por lo cual lucha.

La comparación con elementos de la naturaleza —*b*)— aparece en las estrofas tercera y séptima.

En la tercera: identificación con una hierba humilde —«yo soy la flor del centeno»— y su alusión a su estremecimiento en el aire.

En la séptima, se simbolizan los males presentidos con los fenómenos meteorológicos.

Ambos contenidos temáticos —el de corte moral y el de visión de la naturaleza— caminan, pues, ordenadamente alternados, y avanzan como ríos para romper en una luminosa

cascada: la decimoprimera estrofa, donde se declara, como síntesis, que el ritmo vital —el corazón— adquiere, por el coraje y la conducta, *resplandor* y *alegría*.

Las seis estrofas hexasílabas intercaladas con las octosilábicas son, entre sí, idénticas, e imprimen un acento estoico al poema, con su aceptación de la muerte —muerte a mano airada— y de la vida —suerte favorable de la pugna— mediante los adverbios de aprobación (o de conformidad) *bueno* y *mejor*.

La estructura del poema también puede recordarnos, sin mucho rigor, puesto que no se ajusta con exactitud a la forma, un zégel en el cual el *estribillo* canta en los dísticos de seis sílabas y la *mudanza* en los dísticos de ocho sílabas.

Otra particularidad del poemita es que se juega en cada estrofa una pareja de elementos bien antagónicos, bien complementarios. Antagónicos: vida / muerte; echar veneno / echar valor. Complementarios: flor / viento; vivo / moreno; relámpago / trueno; alegría / resplandor. Esto, por lo que a las seis estrofas de *mudanza* se refiere. En las seis gemelas de *estribillo*, bien clara está la antítesis de ser matado o de sobrevivir.

La construcción es reiteradamente paralelística. Las estrofas pares —repetidas—, hablan por sí solas:

si me matan... / si vivo...

De las seis estrofas impares, puede señalarse paralelismo en la mitad:

Primera: Ante la vida... / ante la muerte...

Séptima: Ni al relámpago... / ni al trueno...

Novena: Traidores me echan... / y yo les echo...

Observemos también que todo el poema está escrito con verbos en presente de indicativo: *matan, vivo, soy, tiembla, estoy, puedo, echan, echo, traigo*; lo que le imprime vigor, decisión, entusiasmo. Es un grito vivo y activo, algo incontenible y en marcha.

Si nueve son los verbos que acabamos de ver, seis son los adjetivos. Solamente seis, de las noventa y siete palabras que integran el poema. De estos seis, dos conservan un significado gramaticalmente habitual: *sereno* (tranquilo, sin turbación física o moral) y *vivo* (que posee vida). Otros dos *(mayor* y *menor)*, sin apartarse del sentido directo, comportan matices no puramente comparativos, sino de calidad en sí mismos. *Mayor*, por crecido y recio: «ante la muerte, mayor». *Menor*, por suave

y grato: «viento menor», también podría interpretarse, contando con el hipérbaton, que la hierba tiembla *al menor viento*, pero estimo que se compadece más con el contexto mi primera interpretación.

El adjetivo *moreno*, emparejado a *vivo* en el verso «aquí estoy vivo y moreno», traslada su sentido directo (de piel oscura) a un valor de condición humana y social, a través de la cadena de significaciones *piel oscura-hombre al sol-campesino-trabajador*. Aquí estoy, vivo y hombre del campo; aquí estoy, vivo y trabajador.

Por último, el adjetivo *alegre* constituye una metagoge, ya que atribuye la cualidad de la alegría —un estado de ánimo— al resplandor —un fenómeno físico. A su vez, el resplandor es, en este caso, una imagen que traduce el propio estado anímico del protagonista.

El prodigioso equilibrio que infunde serenidad al poema y que nos lo presenta, si vigoroso, terso y nada destemplado, reside —creo yo— en la perfecta dosificación de los elementos que llamaríamos negativos y aquellos otros que llamaríamos positivos. En efecto, si analizamos:

Muerte Relámpago Trueno Traidores Veneno Temor	Negativos	6

y por otra parte:

Vida Flor Defensor Valor Corazón Resplandor Alegre	Positivos	6

damos con una ponderación, con un contrapeso exacto, con una medida justa, que influyen, sin duda alguna, en el resultado.

Hemos visto el poema en su tesitura moral: el estoicismo ante la muerte; en su talante ético: la defensa de su estirpe; desde su aspecto lingüístico: verbos y adjetivos, y estilística-

mente: paralelismo, ordenación versual, etc. Podemos contemplarlo también socialmente, porque se trata —por sí sola y prescindiendo del contexto en que se insertó —de una pieza que refleja la situación de una clase —la trabajadora— combatiendo contra la explotación. Posee el tesón entusiasta del rebelde y recuerda, en su desprecio por lo que pueda acaecer, aquella frase famosa según la cual el proletario, en su lucha por mejorar las condiciones de vida, no tiene nada que perder y tiene todo por ganar. (La frase puede estar superada; lo está, de hecho; pero aquí no se plantea crítica sociológica, sino un comentario literario.)

El poema es, pues, un poema «comprometido» y un poema «de testimonio». Refleja la situación de una clase social tradicionalmente oprimida, y se coloca en su defensa. Tal es el *leitmotiv* que se acuna en su ritmo de octosílabos-hexasílabos alternos: la aceptación del riesgo en la lucha activa, el dar por descontada la posibilidad de la muerte y, por tanto, la satisfacción, casi regalada, de salir indemne y con la vida triunfante.

Miguel Hernández —es sabido— escribió muchas canciones. En la primera parte de su obra, de época adolescente, hay algunas. También se asoman a un libro tan grave como *El hombre acecha*. Y claro está en el *Cancionero y romancero de ausencias*, son decenas las que hermosamente se suceden. Quizá haya, entre todas ellas, más líricas, más emotivas, más profundas, más gráciles que ésta. No vamos a entrar ahora en semejante análisis comparativo, ni sé si importa. Lo que sí creo es que puede afirmarse que estamos ante una de las más colmadas de motivaciones, de las más expresivas y representativas de una época y de una actitud. Por supuesto que el *aire*, o el *espíritu*, es perfectamente miguelhernandiano. Baste, en este punto, recordar ese verso: «de mi estirpe defensor», que se relaciona con aquellos de la séptima estrofa de la «Canción del esposo soldado» —poema de *Viento del pueblo*—: «Y defiende tu vientre de pobre que me espera / y defiende tu hijo.» El viento fecundo de la madre, y el hijo. He ahí, acendrada y auténtica, la estirpe.

También es muy personal, muy suyo, el tono de superación del dolor hacia la esperanza; o, dicho de otra manera, el esforzado batallar por la alegría, que en piezas mayores, como «Eterna sombra», se manifiesta de forma estremecedora.

Pero fijémonos, por último, en lo más emocionante, en lo

más conmovedoramente revelador del poema que acaba de ocupar nuestra atención.

Sobre sus características analizadas, sobre su frescor poético, sobre su sabor popular, sobre su vuelo musical, tan airoso, me parece que lo tremendo es cómo circula por las venas de sus palabras la sangre misma, la vida misma de Miguel Hernández, cómo sacude el esqueleto de sus versos al aire encendido y trágico que arrebató al poeta. Poesía lírica, y bien auténticamente lírica por lo autobiográfico de su médula. Él, sereno ante la vida y crecido en su drama, convirtiendo en poemas ambas cosas. Él, sencillo y bueno como la flor campestre, y de tez morena, y defensar de los suyos. Él, que sintió sobre sí una tormenta y soportó amarguras. Y él, poeta ejemplar, que llevó siempre en las alas de su poesía —porque lo llevaba en su corazón de hombre íntegro— un resplandor alegre.

Leopoldo de Luis
Madrid.